

AVENTURAS FANTÁSTICAS DE PIRULETE

EL PAIS DE LOS ANTROPÓFAGOS



BIBLIOTECA PARA NIÑOS

Aventuras Fantásticas de Pirulete

*EL PAÍS DE LOS
ANTROPÓFAGOS*

2312
POR

FEDERICO TRUJILLO



182 x 248 = 9

EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

Provenza, 95. — BARCELONA

1934

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

Derechos reservados.

AVENTURAS FANTÁSTICAS DE PIRULETE

EL PAIS DE LOS ANTROPÓFAGOS

CAPÍTULO I

—¿En qué país estamos?

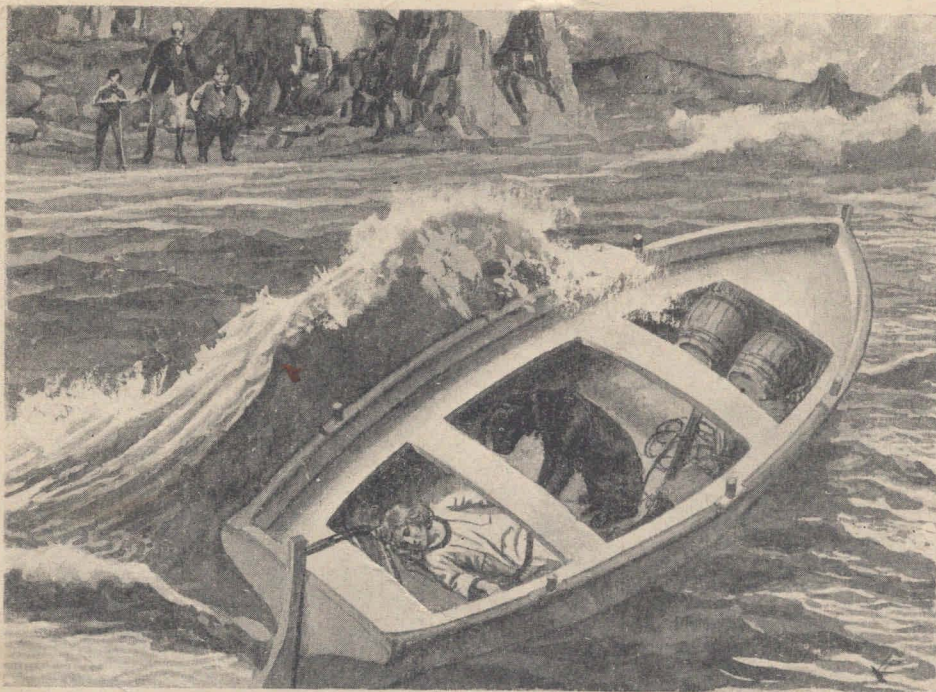
Esta fué la pregunta que se hicieron Boliche, Pirulete y el doctor Perejil, los tres náufragos del «Urania», al verse sanos y salvos a orillas del mar y en el comienzo de una selva inextricable. Lo ignoraban. Solamente sabían, gracias a los conocimientos del doctor, que se hallaban en las costas del Africa Oriental, pero sin poder precisar el punto fijo por falta de medios de orientación.

Cuando el yate se estrelló contra los arrecifes de la isla de coral y se fué a pique, nuestros héroes pudieron salvarse en uno de los botes del «Urania» y llegaron milagrosamente hasta aquellas costas donde les aguar-

daban grandes peligros y tal vez la muerte.

Sin recursos de ninguna clase, sobre una balsa hecha con maderos y barricas vacías, faltos de alimentos y hasta de agua que beber, estuvieron a merced de las olas durante dos días angustiosos, interminables... Se creían los tres únicos supervivientes del yate, que tan rápidamente se había hundido en el mar con todos sus tesoros, y veíanse convertidos de dueños de riquezas incalculables que eran antes, en los seres más desventurados de la tierra.

Por último, después de aquellos dos días mortales, pudieron pisar tierra firme, y entonces encontráronse los tres amigos en medio de la Naturaleza, abandonados a sus propias fuerzas y desprovistos de techo donde cobijarse, de alimentos y, lo que



es peor aún, de armas para procurárselos en aquellas selvas vírgenes y para defenderse de las fieras y alimañas que en ellas vivían. Sin embargo, aunque su situación era muy difícil, ni por un momento perdieron su fe en Dios.

Como estaban desfallecidos de hambre, de sed y de cansancio, se internaron en la selva en busca de un manantial y de algunas frutas con que saciar su apetito, encontrando en seguida excelentes plátanos y gruesos cocos llenos de agua fresca y agradable. Así, al propio tiempo, calmaron el hambre y la sed, y ya satisfechas éstas dos necesidades, volvieron a la costa con la esperanza de que, permanecien-

do en ella, pudiera recogerlos un barco algún día.

El mar continuaba agitado, y las olas, rugientes y amenazadoras, se precipitaban con violencia sobre la playa y batían con furia los arrecifes madreporicos y los acantilados del litoral.

Algunos fragmentos de más-til, de bordajes de barcos y toneles sobrenadaban aquí y allá, indicando que, por desgracia, no era solo el «Urania» el único barco que había naufragado en aquellos revueltos mares.

Entre los restos, veíase también una lancha que parecía abandonada, pero en cuyo fondo, extenuada y desvanecida, permanecía una hermosa niña de rostro angelical y rubia cabellé-

ra... A su lado un hermoso perro de Terranova, quieto y vigilante, la contemplaba con mirada tierna.

La barca era juguete de las olas, y tan pronto se elevaba sobre montañas de agua como desaparecía entre aquéllas.

Por fin comenzó a calmarse la tempestad; y la barca, saltando, encima de una ola monstruosa, un grupo de arrecifes, fué a caer sobre la arena de la playa, en donde varó sin sufrir el menor desperfecto. Antes de que otra ola pudiera arrebatársela, Pirulete, Boliche y Perejil, con riesgo de sus vidas, arrastraron la embarcación tierra adentro llenos de júbilo al ver que habían robado a la voracidad del Océano aquella nueva víctima.

—¿Ves, Boliche — dijo Pirulete al gordo cocinero del «Urania»—, cómo siempre hay que bendecir los designios de la Providencia? ¿Qué hubiera sido de esta pobre criatura, si no estuviésemos nosotros en este sitio?... ¿No moriría abandonada en estas selvas vírgenes o en estas costas solitarias?

—Tienes razón, hijo mío—respondió el doctor, enternecido, mirando a la niña—. Ya lo decía el anciano Sahib, nuestro amigo de la «Isla Desconocida», que todas las cosas son necesarias en la vida, porque ésta es como una cadena en cuyos eslabones van unidos lo bueno y lo malo.

Mientras hablaban así, los tres amigos habían sacado a la niña de la lancha y trataban de hacerla reaccionar. El perro, como si hubiera comprendido las palabras de los tres náufragos, mostraba su júbilo dando saltos y lamiendo la carita de su ama.

En la barquilla, aparte de la niña y del perro, había tres barriles con agua potable, galletas y carne salada, y además dos hachas, un cuchillo, dos hamacas, una botella de ron, algunos rollos de cuerdas embreadas, tres rifles y dos cajas de cartuchos.

Gracias a unas gotas de ron y a las fricciones que el robusto cocinero la administraba, la niña volvió en sí. Abrió sus lindos ojos, negros y rasgados, y en correcto español, dió gracias a sus salvadores.

—¿Eres española? — la preguntó Pirulete.

—No, soy inglesa, como mi padre, pero mi madre, que murió cuando yo tenía cuatro años solamente, era española.

Y luego, la niña, tapándose la cara con las manos, rompió a llorar diciendo:

—Hace tres días mi padre y yo, hacíamos la travesía del Transvaal a la India inglesa a bordo del «F. y», cuando una espantosa tormenta hizo que el buque zozacara, salvándonos los dos en esta lancha. Nos faltaba muy poco para llegar a la costa, pero una ola arrebató a mi

padre de mi lado sepultándolo en el mar. Al verlo desaparecer perdí el conocimiento y así estuve no sé cuántas horas. Lo demás es inútil que lo cuente porque ya lo saben ustedes. Mi nombre es Mary.

Y la encantadora Mary volvió a verter nuevas y abundantes lágrimas.

Pirulete, Boliche y el doctor, enternecidos por el llanto de la niña, juraron protegerla y defenderla hasta el momento en que pudieran entregarla a sus más próximos parientes.

II

Durante algún tiempo, y hasta que se dieron cuenta exacta de los caminos, sendas y veredas de aquellas selvas misteriosas, los cuatro compañeros de infortunio llevaron una existencia miserable, pues no se atrevían a separarse de la costa por miedo a verse perdidos en los bosques, albergue de fieras, de reptiles tan peligrosos como la serpiente pitón y el cocodrilo, y de insectos tales como la mosca tsetse, para cuyas picaduras mortales es muy difícil encontrar remedio.

Al principio la vida de los cuatro desventurados fué un verdadero suplicio. Sus vestidos se habían ido destruyendo poco a poco con el uso y la humedad, y sus carnes, tostadas por los ra-

yos solares, se habían obscurecido de tal modo, que podían confundirse con las de los salvajes que habitaban aquellas tierras. Sus piernas estaban ulceradas por las heridas que les habían causado los espinos y las malezas, y muchos días tuvieron que alimentarse con raíces y hojas o con los mariscos que podían recoger en los acantilados de la costa. Hasta se dió el caso de que cuando lograban matar con sus rifles animales, los comían con prevención, pues más de una vez se sintieron enfermos por las malas condiciones de las carnes, no siempre comestibles.

Al fin un día, convencidos de que allí sólo les esperaba la muerte, se decidieron a abandonar aquel sitio inhospitalario, aun a trueque de perder la ocasión de que un barco los restituyera a su patria.

Al efecto prepararon la lancha en que se había salvado Mary, dispuestos a recorrer el litoral con la esperanza de encontrar un refugio donde poder vivir tranquilos y sin que les faltara el sustento. Cargaron en la navecilla cuanto de útil les quedaba, y como ésta, después de la terrible borrasca que la arrojó a la playa, no había perdido los remos, los cuatro amigos se lanzaron a la mar llenos de valor y de esperanza.

El doctor estaba pensativo y



remaba silencioso en compañía de Boliche, al cual los sufrimientos le habían hecho perder unos cuantos kilos. Mary, puesto su corazón en Dios, rezaba fervorosamente, y Pirulete, colocado en el banco del timón, dirigía la nave como el más experto timonel. Pirulete estaba lleno de júbilo. Pensaba en aquel instante, que los Argonautas, el Vellochino de Oro, Colón y Magallanes, eran una pequeñez al lado suyo y de sus compañeros.

Después de muchas peripecias y habiendo estado varias veces a punto de estrellarse en los arrecifes de la costa, encontraron la desembocadura de un río, de corriente bastante vicin-

ta que a fuerza de remos pudieron dominar remontándose hasta un lago de donde procedían las aguas de aquél. Una vez en este lugar se detuvieron cerca de la espesura que rodeaba las márgenes del lago e inmediatamente organizaron los medios para establecer su vivienda.

En vista de los peligros que podían correr teniendo su albergue en tierra, pensaron hacerlo en la altura de un árbol para preservarse de los ataques de las fieras y de los salvajes que sin duda abundaban en aquellos bosques. Al cabo de unos minutos, dieron con uno lo bastante elevado y corpulento para ponerse al abrigo de las asechan-

zas de los hombres y de los animales dañinos. Era un baobab gigantesco en cuya copa podían colocar su choza suspendida en el aire, igual que un pájaro su nido, y oculta para las miradas indiscretas, gracias a la frondosidad de su ramaje. Como poseían dos hachas, un cuchillo, dos hamacas y algunos rollos de cuerdas embreadas, tenían lo necesario para comenzar su obra. Primero hicieron una escala con las cuerdas embreadas y unos pedazos de bambú. Luego la colocaron convenientemente para transportar los materiales a la copa del baobab.

Con unos cuantos arbustos que derribaron, cañas y ramas secas, lograron construir una choza que recubrieron de tal modo con lianas y hojas de palmera que podía pasar desapercibida a los ojos de los salvajes que anduvieran por aquellos contornos. Llenos de paciencia, y hasta para combatir el ocio, fueron añadiendo comodidades a la vivienda. Lograron construir, después de muchos ensayos infructuosos y por medio de piezas ensambladas, cuatro banquetas, una mesa y algunos efectos más del ajuar de casa. Por último, luego de varios inútiles intentos, pudieron fabricar un horno de alfarero en el que bajo la dirección del doctor obtuvieron escudillas y cazuelas de barro pa-

ra guisar y servir las comidas. Hasta hicieron un horno donde conservaban fuego, sin el menor peligro para la choza, a fin de cocinar las viandas que habían de comer.

El doctor hizo un estudio detenido de las orillas del lago, llegando a conocer las costumbres de los peces y a saber donde podía encontrar los más grandes y sabrosos. También consiguió averiguar el sitio en que salían a tierra las tortugas para poner sus huevos en la arena, pudiendo aprovecharse de los unos y de los otros. Si a esto se añade que con la ayuda de Kis, el perro de Mary, que era muy buen cazador, y valiéndose de sus rifles se proporcionaban carne fresca y abundante, que la niña había hecho unos trajes excelentes con fibras vegetales para sí y para sus compañeros, y que los cuatro amigos se amaban fraternalmente, no extrañarán mis lectores que en medio de aquellas soledades fueran hasta cierto punto felices.

Boliche, al ver repuesta la despensa de carne, pescado, frutas riquísimas y hasta huevos, bien fueran de tortuga, o de avestruz, hallábase feliz y risueño y había vuelto a recobrar su panza oronda y sus carrillos gordos y relucientes. Sentíase orgulloso pensando que podía ofrecer a sus amigos excelentes y bien sazonados guisos. Sólo una cosa le

apenaba : era que teniendo en la despensa huevos frescos le faltaba, ¡oh, dolor! aceite para fabricar la mayonesa.

Estas eran las preocupaciones de Boliche, que seguía siendo un solemne tragón y un dormilón empedernido.

En cuanto a Pirulete, se desviaba por halagar a su tierna amiga Mary, y al verla tan débil y desgraciada, la rodeaba, así como Boliche y el doctor, de cuantas comodidades podían permitirse en aquellas soledades. Para ella eran los mejores bocados, para ella la mejor hamaca, para ella, en fin, todas las atenciones y finezas de Pirulete.

El doctor contemplaba a la niña con mirada paternal, pensando que algún día podría hacer las veces de padre de Mary, ya que ésta no lo tenía y la quería como si fuera hija suya.

La situación de nuestros héroes había mejorado notablemente, y aunque sólo tenían lo más elemental para la vida, mostrábanse satisfechos al ver que Dios conservaba su vida en medio de tantos peligros.

—Esto demuestra — decía el doctor a sus amigos —, que el hombre, dondequiera que se halle, si disfruta de buena salud, trabaja, y tiene fe en Dios, puede ser todo lo feliz que es posible en este pobre planeta.

Boliche, el gordo cocinero del

«Urania», había encontrado otra manera de distraerse. Valiéndose de sus mañas, llegó a obtener tuba o vino de coco (1), bebida fermentada, substitutiva del vino de uva, que producía una dulce embriaguez. Bebía de ella copiosamente y terminaba por dormirse como una marmota.

El doctor le regañaba con frecuencia, diciéndole sentencioso : «El hombre que se entrega a la gula y se embriaga por añadidura como tú lo haces, acaba por ser peor que los animales. Tu incontinencia te acarreará graves daños y acaso será la causa de tu muerte. El hombre necesita en todas partes del mundo, y más en estas tierras misteriosas, tener los sentidos vivos y su potencia espiritual despejada. Causarás tu perdición y tal vez la nuestra.»

Boliche oía contrito el sermón prometiendo enmendarse ; pero volvía en seguida a las andadas. ¡Era tan bueno regalarle con un rico guisado de carne de armadillo, de antílope o de tortuga, y luego echarse al colete unos cuantos tragos de su vini-

(1) La tuba es un licor suave y algo viscoso que se obtiene de la nipa, el coco, el burí y también de otras palmeras, cortando el extremo superior de la espata antes de que se abran las flores. También se obtiene del agua que contiene el coco. Recién hecho, es grato refresco, y es la tuba propiamente dicha, fermentado se hace vinagre y vino de coco.

llo, marca Boliche, como el lo llamaba!

Cómo verán más tarde mis pequeños lectores, no tardó el infeliz en pagar con creces sus tor-



pezas, estando a punto de perecer bajo el cuchillo de unos feroces antropófagos.

III

Una tarde en que como de costumbre el tragaldabas de Boliche se dirigía a las orillas del lago en busca de tortugas y de sus huevos frescos, oyó el llanto de un niño.

—¿Serán los cocodrilos? — se pregunto el cocinero—. ¡Valientes hipócritas! ¡A mí no me la dan esos animalitos (1)!

(1) Esto lo decía Boliche aludiendo a las costumbres de estos animales, que

Pero no; quien así lloraba era un lindo negrito de unos diez años, que se había perdido en la selva. Monísimo estaba el muchacho con su cara compungida, con su arco caído y su carcaj lleno de flechas, semejante a un amorcillo de chocolate.

Boliche, asombrado, le hizo un sin fin de preguntas.

—¿Quién eres, niño? ¡Sin duda te has perdido en la selva? ¡Cómo te llamas, monín? ¡Quiénes son tus padres? ¡Por quién estás de luto?

El negrito no entendió ni una palabra y continuó llorando con más furia que antes.

Entonces Boliche recurrió a la mímica. El muchacho, también por señas, dió a entender que, en efecto, se había perdido en el bosque cazando con los de su tribu, que era la de los marabús, una de las más feroces de toda la tierra africana.

Boliche acarició al negrito y quiso llevarlo consigo, pero éste, creyendo que aquél pretendía devorarlo como era costumbre entre los salvajes de aquellas selvas, comenzó a lanzar alaridos de dolor y cayó de hinojos a los pies del cocinero implorando piedad. El cocinero interpretó los gestos del negrito en el

lanzan unos gemidos semejantes al llanto de un niño y con ellos consiguen atraer a las personas, a las que matan con su ceca, y luego las destrazan con sus garras para devorarlas.

sentido de que solicitaba su protección, y decidido a llevárselo a su choza, le cogió rápidamente por la cintura y se lo echó a las espaldas. El niño, al ver que el cocinero corría como un gamo, creyéndose perdido, se defendió mordiendo en el cogote a Boliche, y éste a su vez, pensando que aquello sólo eran diabluras del negrito, le atizó una buena tanda de azotes en las posaderas, dejándole vencido y resignado.

Un cuarto de hora después llegaba Boliche a la cabaña, y sus amigos, al verle tan cargado, le preguntaron cómo había encontrado aquel niño, y el cocinero relató lo ocurrido.

Entretanto el pequeño salvaje, al ver el hogar encendido y pucheros puestos en la lumbre, pensó que iba a servir de almuerzo a los hombres blancos y comenzó a dar nuevos y más dolorosos alaridos y a pedir perdón a los cuatro compañeros. El doctor Perejil, que en sus viajes por el Africa había aprendido algunas palabras de congolés, hizo varias preguntas al negrito, tranquilizándole respecto a su suerte. El niño las entendió perfectamente porque le hablaban en un dialecto muy parecido al suyo nativo.

El negrito dijo entonces que se llamaba Chimbo, que era hijo de Ziroco y Zamba, reyes de los marabús, y que esta tribu vivía a

las orillas del Urungo, uno de los tres ríos que alimentaban el lago en cuyas márgenes se habían establecido nuestros héroes. Los marabús, según dijo Chimbo, se dedicaban a la pesca de cocodrilos y a la caza del elefante y del hipopótamo; por esto visitaban con frecuencia el lago y los bosques inmediatos. También dió Chimbo respecto a sus paisanos una noticia que alarmó grandemente al doctor y a sus amigos. Los marabús, según confesión del negrito, tenían un pequeño defectillo gástrico intestinal: eran unos temibles antropófa-



gos, que lo mismo que cazaban hipopótamos, cazaban hombres, no para reducirlos a la esclavitud o venderlos, sino para comérselos y sazonar sus guisos con grasa humana.

Chimbo fué muy bien atendido y mostrábase contento y agradecido a sus huéspedes, pero éstos, y sobre todo Boliche, que cada día estaba más gordo y apetecible, desde el punto y hora en que supieron que se hallaban rodeados de tan feroces enemigos, temerosos de ser sorprendidos por ellos, no se atrevían ya a salir de caza al bosque y apenas si iban alguna vez de pesca a las orillas del lago.

Así las cosas llegó la fecha del santo de Mary. Boliche había preparado para esta fecha un banquete magnífico y mostrábase orgulloso como un fondista ante su numerosa clientela.

La hora de la comida transcurrió alegre. Perejil, Mary, Pirulete y el negrito, probaron de todo pero sin excederse. En cambio Boliche, tragó de tal modo y bebió tan copiosamente, que el doctor tuvo que regañarle una vez más.

Por la tarde, Boliche salió acompañado de Chimbo en busca de huevos de tortuga para la cena. El doctor recomendó al cocinero que no se alejara mucho de las orillas del lago, y que tan pronto se viera en peligro, le avisara disparando su rifle.

Boliche prometió atender los consejos de su amigo, pero una vez que estuvo dentro de la barca, dominado por la embriaguez y por los horrores de la diges-

ción, se durmió como un bendo, mecido por las aguas del lago.

De pronto el negrito escuchó ruido de tambores y canciones guerreras. El corazón le dió un vuelco de alegría en el pecho.

Por el lugar en que el río Urungo desembocaba en el lago, descendían más de 20 piraguas, llenas de forzudos y valientes paisanos del pequeño Chimbo. Eran los más bravos guerreros de la tribu de los marabús. Al frente de la escuadrilla, y en la que podríamos llamar piragua almirante, iban los padres de Chimbo que, llenos de dolor, desesperados, llevaban tres días buscando a su hijito perdido en la selva y al que ya creían pasto de las fieras.

—¡Mi pobre Chimbo! — aullaba Ziroco! — ¡mi hijito querido! ¿Se habrá perdido? ¿Nos lo habrán robado.

—¡Nuestro hijo! — decía Zamba—. ¡El mejor y más bravo de nuestros chiquitines! ¡Terrencito de azúcar negra!... ¿Qué habrá sido de él?... ¡Pobre hijo mío!

Y ambos caciques, rey y reina, caían el uno en brazos del otro confundiendo sus enternecedores aullidos. Luego siguieron remando lago adentro con la esperanza de encontrar a su desventurado pequeñuelo.

De pronto Ziroco se detuvo y

dijo a su acongojada esposa. ¡Oh, escucha! ¡No es ésa la voz de Chimbo?

—¡Si es él que nos llama! — gritó ella, loca de alegría—. ¡Al fin lo hemos encontrado!

Y con más afán que antes siguieron impulsando sus barquillas. Unos minutos después el hijo estaba en brazos de sus padres.

Chimbo, Zamba y Ziroco, formaban un grupo encantador y lanzaban gritos de alegría a los que contestaba la tripulación de las piraguas con vivas estentóreos haciendo sonar sus roncós tambores y sus flautas de bambú.

Boliche, a pesar de aquella algarabía, seguía durmiendo la siesta dominado por la embriaguez y por su laboriosa digestión.

Ziroco, al ver al cocinero dormido, remolcó la barca hasta la orilla, dejando a Boliche sumido en el mejor de los sueños, bajo la custodia de su esposa y de seis de sus más fuertes guerreros. Después, dirigiéndose a sus súbditos, que lloraban emocionados al ver sano y salvo a su joven príncipe, les dijo:

¡Valientes marabús! ¡Basta de llorar como viejos cocodrilos!... ¡Es preciso vengar a Chimbo! Uno de sus terribles secuestradores está en nuestro poder, pero como no será él solo, es

preciso a toda costa que busquemos los demás.

Y luego sin hacer caso del pequeño Chimbo que intercedía por sus amigos los hombres blancos, penetró en la selva seguido de sus huestes.

Entretanto, Boliche, había despertado, y al verse rodeado de aquellos salvajes, negros como el carbón y feos como el mismísimo demonio, se irguió en la canoa lleno de asombro y de terror.

En un momento el miedo puso alas en sus pies, y antes de que sus guardianes pudieran detenerle, dando un salto, salvó la distancia que había entre la barca y la orilla, y se internó en la selva. Corría tanto a pesar de su gordura, que los guerreros de Ziroco no pudieron darle alcance. Seguramente hubiera escapado de las manos de sus enemigos, si la terrible Zamba, poseída de furor maternal contra el que creía raptor de su hijo, no emprendiese detrás de él veloz carrera. Por fin, la reina salvaje pudo atajar al cocinero atacándole con todas sus fuerzas.

Entonces, entre la negra y el gordo Boliche se entabló una lucha desesperada. Al principio el cocinero se defendió con bastante ventaja; pero al fin, Zamba, de una fuerte patada en la tripa, consiguió derribarle cuan redondo era. Boliche en su caída



...pero al fin, Zamba, de una fuerte patada en la tripa, consiguió derribarle cuan redondo era. (Pág. 15.)

se había agarrado a un pie de Zamba, y ésta vino también a caer pesadamente sobre la enorme panza de su adversario.

Zamba, al verse sobre aquella enorme mole humana, dió su victoria por descontada, y se disponía a probar con sus dientes la carne del vencido, cuando éste, hombre robusto al fin, empezó a descargar puñetazos sobre el rostro de su feroz enemiga, que al pronto quedó aturdida y casi ciega. Zamba, sin embargo, se rehizo inmediatamente.

Los marabús conocían la

ciencia de luchar, y lo mismo que los ingleses practican el boxeo y los japoneses el jiu-jitsu, ellos poseían el *risorio*, que consistía en atacar al enemigo haciéndole cosquillas en los lugares más sensibles de su cuerpo. Así la madre de Chimbo, comenzó a urgar a Boliche debajo de los brazos y Boliche perdió la mayor parte de sus energías, le pasó ágilmente sus dedos por los costados y por la barriga, y el pobre hombre se retorció de risa, hasta que el cabo le dió el golpe de gracia atizándole un

enorme puñetazo en las narices, con lo que el infeliz Boliche quedó completamente vencido y extenuado.

En este momento llegaron los otros seis negros y entre todos llevaron a Boliche a la barca, donde le ataron sólidamente.

El pobre Boliche, al verse maniatado e indefenso, rompió a llorar como un chiquillo.

Entonces recordó todos los buenos consejos y reproches del doctor. Sí, él y sólo él, con su incontinencia, era culpable de su espantosa situación y de la desgracia de sus compañeros a los que ya suponía prisioneros también y acaso muertos.

¡Cara iba a pagar su gula y

su afición a la bebida!... ¡Los asadores de los bárbaros marabús era el triste fin que le esperaba!

IV

Aquella misma tarde llegaron los salvajes a su país, situado en las riberas del Urungo. Llevaban prisioneros a Boliche y a sus tres amigos que habían caído en sus manos después de una terrible lucha en la que tomó parte el perro Kis, que defendió heroicamente a su amita. Estalloraba inconsolable mientras que Pirulete la daba ánimos, colmándola de caricias.



En cuanto pusieron su planta en la aldea marabú Boliche y demás compañeros mártires, se vieron rodeados por un enjambre de hombres, mujeres y niños, negros como un mal pensamiento y con los rostros horriblemente tatuados, que les dirigían ávidas y amenazadoras miradas.

En seguida apareció un gran número de individuos armados y formados en compañías, corriendo velozmente hacia los cautivos. Iban mandados por oficiales que ostentaban historiados escudos, todos vestidos de gala y envueltos en magníficas pieles de leopardo. Eran tantos que hubiérase dicho que salían de la tierra como las hormigas de sus escondrijos.

Muchos de ellos, los que parecían formar parte de la escolta real, montaban enormes avestruces ricamente enjaezados.

Al salir de su piragua Ziroco I y la reina Zamba, montaron también en sus avestruces de guerra y penetraron en la plaza pública seguidos de todo el pueblo que vitoreaba al pequeño Chimbo. Este no abandonaba ni un momento a Pirulete y a Mary, a los que había tomado bajo su protección. Esto no tenía nada de extraño, porque Chimbo, a pesar de ser un salvaje, tenía buen corazón y sabía agradecer los favores que le habían hecho sus amigos. Ade-

más, entre los niños de todo el mundo existe una inexplicable fraternidad que les hace quererse y ayudarse aunque sean de diferentes países.

Los prisioneros observaron la extraña apariencia que presentaba la población marabú. Hallábase ésta formada por un millar de casas semejantes a las que fabrican los castores, es decir, que eran semiesféricas y estaban perfectamente alineadas. Entre ellas había también edificios de mejor apariencia que debían ser palacios de los caciques y que estaban muy bien fabricados, pues los marabús, a pesar de ser antropófagos, se hallaban más adelantados que otros pueblos salvajes. Sabían construir casas de tierra y madera, con grandes salas cuadradas y techo alto de doble pendiente, que amueblaban y adornaban con taburetes artísticamente tallados, bancos, mesas, y caprichosos vasos de barro. Además, forjaban el hierro y el cobre y hacían con cortezas de árboles telas muy sólidas y de alegres colorines.

En la parte mejor edificada del pueblo marabú había una plaza, y en el centro de ésta un poste donde los salvajes ataban a las víctimas de sus festines y en cuya parte superior se veían clavadas hasta una docena de calaveras como testimonio de la ferocidad de aquellos negros

creían que los ruegos de Mary habían hecho nublar la faz del sol, a quien los bárbaros marabús adoraban como su más excelsa divinidad.

Unos minutos después el astro del día recobró su esplendor y con la luz renació la esperanza en los tiernos corazones de nuestros héroes que fueron conducidos en triunfo a la plaza de los festines.

Desde aquel momento los marabús se convirtieron en esclavos de Mary y de Pirulete. Hasta el soberbio Ziroco prestaba acatamiento a sus órdenes, y Kokorembo y Kalundo se desvivían por servirles.

—Así es la vida—dijo Pirulete a Mary, al verse elevado con su amiguita a la alta jerarquía de virrey de los marabús—; tan pronto podemos vernos sumidos en la miseria y bajo el peso de la desgracia, que encontrarnos contentos y felices gozando de las mayores satisfacciones. Esto nos enseñará a no desesperar en los momentos aciagos, así como a no enorgullecernos cuando la suerte nos proteja.

—¿Es que vamos a permanecer aquí el resto de nuestros días al frente de estos bárbaros que comen carne humana, ofrecen sacrificios cruentos a sus dioses monstruosos y se destrozan en luchas fratricidas?—preguntó Mary a su tierno amigo.

—No tal—respondió el niño—,

aunque me sería muy grato convertirlos al cristianismo, hacerles abandonar sus sanguinarias y bestiales costumbres y enseñarles en unión del doctor a cultivar la tierra y a pastorear ganados. Sí, Mary; nada hay tan bello ante los ojos de Dios como esa obra de misericordia que nos manda enseñar al que no sabe.

—Entonces, debemos quedarnos aquí—dijo la niña.

—No lo sé. Ahora lo que me preocupa es la manera de salvar al doctor y también a Boliche, aunque éste sea el único culpable de nuestras desventuras. Trataré de hacer uso de mi influencia sobre estos brutos para ver si logro su libertad.

Pirulete, uniendo la acción a la palabra, hizo sonar su tan-tan, que era un enorme platillo de cobre bruñido en el que se golpeaba con una varilla del mismo metal. Inmediatamente se presentaron en la estancia dos esclavos, atentos a las órdenes de su señor.

Pirulete mandó que le trajeran su silla de mano y que le llevaran al palacio de Ziroco donde le esperaban sus majestades negras y todos los grandes jefes de la tribu, dispuestos para una partida de caza en la selva.

Una vez ante el rey salvaje, Pirulete se postró a los pies del soberbio Ziroco y le pidió la libertad de sus compañeros. Aunque el bárbaro monarca no en-

tendía ni una de sus palabras, al fin pudo saber lo que el niño quería, gracias a la mediación de Chimbo que, durante su estancia con los extranjeros, había aprendido algunas palabras españolas. Cuando Ziroco se dió cuenta de lo que Pirulete le pedía, mostróse enfurecido y, negando por primera vez al niño su favor, no quiso volver a hablar del asunto.

Atónito Pirulete ante aquella actitud que no esperaba del rey salvaje, hasta aquel momento propicio a servirle, preguntó a su amiguito Chimbo por qué el padre de éste no atendía a sus ruegos.

Chimbo, que no tenía ya palabras bastantes en castellano para poder expresarse, valiéndose de la mímica explicó a Pirulete la razón de la negativa de su padre.

He aquí lo ocurrido. Aquella misma mañana, y sin que Pirulete lo solicitara del monarca, éste, queriendo dar trato igual a Boliche y al doctor que a los dos niños, mandó que fueran puestos en libertad. Tan pronto se vieron fuera de su prisión y atendidos bastante bien por los marabús, el doctor preguntó a Chimbo a qué se debía aquel cambio tan agradable como inesperado. Chimbo les contó el *extraordinario suceso* del día anterior, por lo que el doctor comprendió que Pirulete y Mary debían sus vidas a la mi-

lagrosa coincidencia de ocurrir un eclipse de sol en el momento en que iban a ser sacrificados. Boliche y el doctor, locos de contento al saber que sus amiguitos se habían salvado, quisieron verlos, pero como los dos niños se hallaban aún descansando de las fatigas y emociones del día anterior, los esclavos que guardaban la entrada de sus aposentos se negaron a dejarles entrar en ellos. Esto fué su perdición. Boliche, que al verse en libertad había recobrado su apetito insaciable, y que por añadidura no había cenado la noche anterior, se dispuso a hacerse el almuerzo porque no le gustaban los alimentos extraños que le ofrecían los marabús. Después de recorrer toda la población marabú, sólo pudo encontrar un poco de grasa de hipopótamo, unos huevos de tortuga, y una caldera de cobre. ¡Cómo saciar su enorme estómago con tan miserable alimento?...

Descorazonado y hambriento penetró solo en un enorme edificio cuyos guardianes dormían a pierna suelta. Aquel edificio era un templo, pero Boliche lo ignoraba. Lleno de curiosidad el famélico cocinero recorrió con la vista aquel lugar, y de pronto lanzó un grito de alegría que no llegó a despertar a los esclavos. ¡Qué habían visto los ojos del cocinero!... ¿Por qué su alegría?...

¡El caso no era para menos! En una hermosa jaula hecha con cañas de bambú había un hermoso gallo gordo y apetitoso.

En un decir amén, Boliche, impulsado por su gula extraordinaria, abrió la jaula, se apoderó del ave y la retorció el pescuezo con tal rapidez y habilidad, que no tuvo tiempo de decir ni pío. Una vez efectuada esta operación salió del templo sigilosamente y fué en busca del doctor, al que no dijo de dónde procedía el magnífico volátil.

En cinco minutos preparó el ave, y media hora después los dos amigos devoraban una hermosa tortilla y el gallo convenientemente guisado.

De pronto, y cuando ya se disponía a terminar la cuchipanda comiéndose unos plátanos de postre, oyeron una infernal algarabía y en seguida más de trescientos marabús cayeron sobre ellos armados de lanzas y cuchillos.

Boliche y el doctor Perejil acababan de comer, según la religión de aquellos salvajes idólatras, el más terrible de los sacrilegios. ¡Los hombres blancos se habían comido al dios Kikirikí en pepitoria!...

VI

Los salvajes, después de aquella añagaza de Boliche, encontrá-



banse contristados. El dios Kirikí cumplía la elevada misión de despertar al Padre Sol. ¡Cómo suplir la falta de aquel gallo prodigioso!... Toda la tribu se había alzado como un solo hombre pidiendo al gran Ziroco el castigo de Boliche y de su compañero, culpables de la muerte del divino volátil.

¡Para los dos desgraciados no había salvación posible! El gran Ziroco había decretado la muerte de los dos *gallicidas*, así como la de los doce guardianes del templo que no supieron velar cumplidamente por la vida del ave sagrada.

Pirulete, comprendiendo que el único medio que le quedaba para salvar a sus dos amigos era la evasión, comenzó con el bueno de Chimbo a fraguar el plan de fuga.

Al efecto, y para disimular, fingió que no le importaba un ardite la suerte del doctor y de Boliche, y aquella misma tarde salió de caza con los hombres más valientes de la tribu.

En menos de media hora los jefes reunieron a los hombres más aguerridos y a los más bravos y expertos cazadores que acudieron al toque de llamada que desde lo alto de los montes dirigían los timbaleros del pueblo marabú.

Los timbales formaban un ruido semejante al de un trueno lejano, pero que llegaba lo mis-

mo a la ciudad que a las aldeas contiguas. Eran aquellos instrumentos a modo de unos enormes tambores hechos con troncos de árboles vaciados y colocados sobre cuatro pies de hierro. Sus pañetes no tenían por todas partes el mismo grueso, de manera que podían dar diferentes sonidos, según se les tocara. Merced a esta circunstancia, los salvajes obtenían toques diferentes: uno de guerra, otro de caza y otro de fiesta. A su ronco sonido acudieron millares de hombres armados de lanzas, arcos, flechas y mazas y pesados yataganes y provistos de escudos de madera, de piel de cocodrilo y de concha de tortuga.

Pirulete cogió las municiones necesarias y empuñó su rifle que los marabús contemplaban codiciosos, pero sin miedo; porque conocían las armas de fuego, aunque no supieran manejarlas.

Los cazadores, convocados al son del tambor, se reunieron en la plaza de los festines a los acordes de las flautas marabús, en número de dos mil, y salieron de la población formando una alegre comitiva. Al frente iban Ziroco, Zamba, Pirulete y el negrito Chimbo, cabalgando en magníficos camellos ricamente enjaezados con pieles de búfalos y telas de vivos colorines. Inmediatamente detrás marchaban los jefes de la tribu, ataviados con sus mejores galas, y después, al-

go separados, como prueba de respeto, los demás individuos del cortejo. También iban bastantes mujeres provistas de víveres y demás impedimenta. Estas mujeres eran las que, aparte de cuidar de que nada les faltara a los hombres durante la cacería, tenían la misión de descuartizar las piezas que se cobraran, extraerlas sus grasas y curar sus carnes al humo y al sol.

Los marabús marchaban a la selva dispuestos a cazar cuantos animales les fueran útiles para su alimentación o su servicio, pero su principal objetivo era la caza del elefante, animal que les daba gran rendimiento, con su trabajo, en vivo, y después de muerto con sus carnes, sus mantecas y sobre todo con sus colmillos, que consideraban los indígenas como un verdadero tesoro. Estos colmillos los guardaban los marabús para venderlos a individuos de otras tribus que estaban en contacto con las factorías portuguesas, a cambio de tabaco, aguardiente, objetos de bisutería, y algunas veces pólvora y armas de fuego que estimaban en mucho.

Sabido es que el marfil constituye entre otras una de las más preciadas riquezas de la India y del Africa. Los extranjeros han establecido en esos lugares verdaderos centros de explotación y contratación del marfil, y

con él fabrican infinitos objetos, tales como bolas de billar, juegos de ajedrez, puños de bastón, incrustaciones para las armas y trabajos de marquetería, pipas de fumador, varillas de abanicos, pequeñas estatuas y otras muchas cosas que sería prolijo enumerar.

Al cabo de tres días de camino al través de los bosques vírgenes, la comitiva se detuvo en un lugar que los ojeadores indicaron. Estos dieron comienzo a la persecución de los elefantes, obligándolos a irse retirando hacia el trozo de selva preservada para el incendio anual. Una vez conseguido esto, prendieron fuego a los árboles y los pobres elefantes murieron todos por asfixia.

Este género de caza no tenía ningún interés para Pirulete, a quien le gustaban más las emociones fuertes o aquellos otros procedimientos que conocía de sus lecturas, en los que entraban, más que el valor, la astucia y el ingenio humanos.

Pirulete entonces, mostró a Chimbo su deseo de coger algún elefante vivo. El niño negro dijo al niño blanco, o por lo menos quiso decirle estas palabras:

—Ten paciencia, pues esta cacería es muy difícil y se necesita desplegar mucha habilidad y gran prudencia para coger uno vivo, porque estos animales po-

seen un olfato penetrante y un oído finísimo, y por lo tanto es muy difícil sorprenderlos.

Tenía razón Chimbo. El elefante distingue los ruidos más imperceptibles, ventea con su trompa los olores que pueden denunciarle la presencia del hombre o de las fieras que se atreven a atacarle, y cuando emprende la fuga, aunque parece pesado, es difícil seguirle aun yendo a caballo.

Como los salvajes ya habían cazado muchos elefantes por el procedimiento del incendio y ya tenían bastantes colmillos y carne fresca y abundante, mientras las mujeres se entretenían descuartizándolos y haciendo con los trozos un magnífico tasajo y una excelente manteca, emprendieron la caza de unos cuantos ejemplares para domesticarlos.

Más atractivos ofrecía el medio de que se valieron los cazadores para apoderarse de los elefantes salvajes que cuantos incidentes tuvo la cacería anterior. Se trataba de sorprender a los prudentes paquidermos, de subyugarlos y someterlos al servicio del hombre. En este arte eran maestros los marabús. Entre estos salvajes constituye una profesión que se transmite de padres a hijos, siendo asombrosas su destreza, prudencia y osadía, cuando acometen esta empresa.

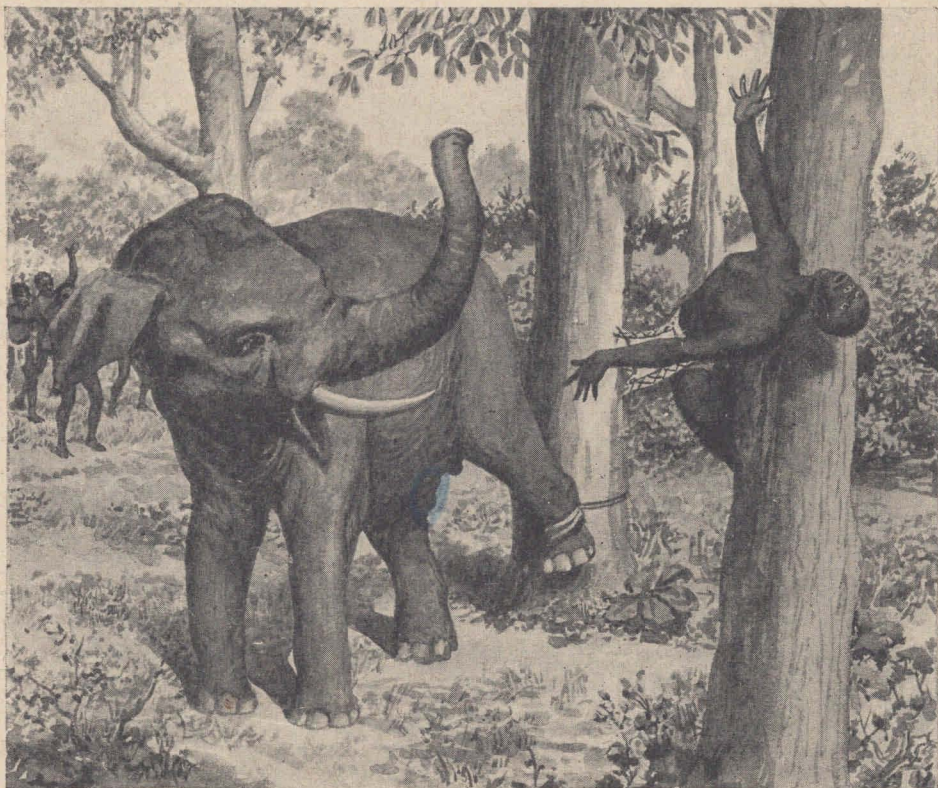
Dos hombres solamente se dirigieron en busca de un elefante

en medio de su familia. La aventura parecía imposible, y, sin embargo, era verdad. Su única arma consistía en un sólido lazo de piel de antilope o de búfalo, el cual arrojaron al pie del paquidermo en cuanto le divisaron. Luego uno de los cazadores se deslizó muy cerca del elefante, y mientras le sujetaba el pie, el otro ató el extremo al tronco de uno de los árboles más fuertes, cosa fácil de encontrar si se tiene en cuenta la corpulencia de la flora africana.

El animal, al verse cautivo, se revolvió furioso contra los cazadores, pero no consiguió nada, porque éstos ya estaban fuera de su alcance. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Cuanto más se enfurecía y tiraba del lazo, éste ceñíase más a su pata entorpeciendo a cada paso sus movimientos.

Con la trompa destrozaba las ramas del árbol, y a un pobre salvaje que se acercó más de lo prudente, lo cogió y, después de zarrandearlo como un muñeco, lo estrelló contra un árbol inmediato.

Entonces los salvajes trataron de cansarle por todos los medios que tenían a mano. Le hostigaban con palos largos provistos de púas de hierro, lanzábanle piedras pequeñas con sus honchadas, se acercaban a él con antorchas encendidas que le producían un terror extraordinario;



...después de zarandearlo como un muñeco, lo estrelló contra un árbol inmediato. (Pág. 30.)

por último le privaron de la comida y de la bebida, no dejándole un momento de reposo.

Más tarde cambiaron de táctica y trataron al elefante con mucho cariño y del mejor modo posible. En fin, valiéndose de estos y de otros artificios, los salvajes convirtieron al furioso animal en un ser completamente dócil y sometido a su voluntad.

Al cabo de quince días toda la expedición retornó al lugar de donde había partido, y Pirulete y Chimbo hicieron su entrada triunfal montados en el elefante,

al que nuestro héroe puso el nombre de Titán.

Como Pirulete con su rifle había cobrado muchas piezas, el rey marabú le regaló el elefante a Pirulete y a su amiguita Mary, que le esperaba contenta a su llegada, pero el terrible monarca, a nuevos ruegos de ambos niños, no quiso perdonar al pobre Boliche y al doctor que esperaban atribulados el día de la Gran Luna, como decían los salvajes, que era el fijado para el sacrificio.

Pirulete estaba pensativo,

Chimbo y Mary también; había que proceder con rapidez y valor, porque el terrible Ziroco y el feroz Kokorembo, el gran sacerdote, se habían propuesto probar las chuletas del doctor y de su cocinero.

¡ Sólo la astucia de Pirulete o de Chimbo podía salvarles en tan terrible trance!...

VII

Después de la cacería y en espera de que llegase el día de la gran luna, los salvajes organizaron una infinidad de banquetes en los que fueron devorando parte de los animales cazados en la selva. En estos festines consumieron dos elefantes, un rinoceronte, dos búfalos y varias docenas de antílopes, canguros y millares de pájaros de diferentes clases. Los marabús comían con una voracidad insaciable saboreando aquellas carnes selectas en verdad y más aún para sus paladares acostumbrados a manjares que repugnarían a un europeo, tales como serpientes, lagartos y buitres, cuando no había cosa mejor que comer.

Pirulete y Mary, preocupados por la suerte de sus compañeros, apenas si probaban de cuando en cuando algunos trozos de antílope, animal muy parecido por su figura y su sabor al ciervo. También hicieron honor a la

carne de los elefantes, que era muy sabrosa, y de los que los salvajes habían reservado para la corte las trompas y los pies en calidad de bocado selecto y honorífico.

Pirulete daba vueltas en su magín fraguando el plan de fuga. La voracidad de los marabús le tenía asombrado y temblaba por la vida de sus compañeros cautivos y aun por la suya propia y la de Mary, a pesar del respeto con que los trataban. Aquellos bárbaros que se merendaban un elefante en media hora eran capaces de engullirse a Boliche y a un regimiento de Boliches que cayera cerca de sus dientes.

¡ Qué hacer en aquella terrible situación, solos, sin más amigos que el pequeño Chimbo ni otra ayuda que la del elefante Titán que se había hecho gran amigo de los tres niños? ¡ Ah, el elefante! ¡ Quién hubiera sido capaz de hacer daño a los tres niños en presencia de Titán? ¡ Nadie! El terrible paquidermo con sus largos colmillos y su trompa formidable hubiera vengado en seguida a sus inseparables amiguitos.

Después de varios días de constante engullir llegó el de la Gran Luna, fiesta que habían de celebrar los marabús devorando a los prisioneros. Tumbados estaban los salvajes a la sombra de corpulentos ombús africanos, esperando el momento en que el pálido satélite apareciera en el

horizonte para ir sacrificando ronquidos más sonoros que se por turno a Boliche, al doctor y a conocen.

De madrugada, Chimbo, ataviado con un mandil de piel de tigre y seguido de gran número de esclavos que llevaban sobre sus cabezas enormes bandejas con pequeñas copas llenas de verde licor, apareció solemnemente en el centro del aduar.

En efecto, aquella noche Pirulete y Mary vieron llenos de espanto, que los salvajes degollaban a dos de sus víctimas y daban comienzo a una orgía canibalesca.

Terminado el macabro festín unos se iban adormeciendo, otros dormitaban ya plácidamente, y otros, los más, comenzaban a atronar el bosque con sus ronquidos africanos, que son los

Despertó a todos los guerreros por el sencillo procedimiento de aplicar un puntapié en la nariz del dormido, y luego gritó :

—¡ El curumé !

A este grito pusiéronse todos en pie y bebieron ávidamente del verde licor.

El curumé no era sino un poderoso digestivo compuesto con esencia de una flor del país y





Al frente iban Ziroco, Zamba, Pirulete y el negrito Chimbo, cabalgando en magníficos camellos ricamente enjuezados. (Pág. 28.)

Terminar libro del opile

zumo de palmera, fermentado. Su sabor no era muy agradable, pero su poder destructivo era sumamente enérgico, y capaz de disolver y asimilar no sólo una comida antropófaga, sino los garbanzos de la más tirana patrona estudiantil.

Una vez ingerido el verde licor se tumbaron a la bartola. Durante tres días con sus correspondientes noches no hicieron otra cosa que comer y dormir. Los prisioneros iban desapareciendo rápidamente, hasta el extremo de que sólo quedaban en pie el gordo Boliche y el doctor, y esto porque los salvajes los habían reservado para fin de fiesta.

Todos dormían y tragaban a dos carrillos; solamente Mary, Pirulete, Boliche y el doctor velaban esperando el momento de la fuga. En cuanto al simpático Chimbo, tampoco dormía preocupado con la suerte de sus amigos, ni probaba bocado del festín, pues hay que advertir que el negrito sentía una natural repugnancia hacia aquel género de comida y no le gustaba la carne humana.

¡ Aquellos momentos eran muy graves! Cada minuto que transcurría era un paso que Boliche y el doctor daban hacia la eternidad. ¡ Hasta el escuálido doctor iba a ser sacrificado!

El sabio, como ya hemos dicho, había sido despreciado por flaco, con lo cual se demuestra

que un defecto puede pasar a la categoría de virtud, pero, si bien es cierto que por el pronto había salvado la pelleja, única cosa que en realidad podía salvar, no lo es menos que estaba también sentenciado a ser comido y que para ello sólo se esperaba a que adquiriese la codiciada gordura, es decir, que estaba en el cebra-dero.

El doctor al principio dudó entre comer o permanecer obstinadamente en el ayuno más absoluto, y dos disyuntivas a cual más terribles se presentaban a su vista.

— ¡ Si no como — se decía —, no me comen, pero me muero, y si como me comen!...

¡ Duda horrible! ¡ Qué hacer?...

Y al fin se dijo :

—Bah, puedo comer impunemente y en ello no hay peligro; cuarenta años llevo haciendo lo mismo y no he podido engordar ni un adarme, ¡ Pues comeré!...

Pero, ¡ ah, infeliz doctor, que no podía comprender el terrible lazo alimenticio que allí se le tendía!

Le dieron a comer una especie de sopa al *cuarto de hora* que contenía grano de salvado, grano de maíz, grano de arroz y grano de algarroba, con lo cual el sabio comenzó a engordar y a llenarse de granos por todas partes.

¡ Oh dolor! se inflaba y sen-

antropófaga



...saltó sobre el sanguinario marabú clavándole dientes y colmillos en sus posaderas. (Pág. 37.)

tía crujir la ropa que estallaba por las más abultadas regiones de su cuerpo. Seguramente era plato destinado para la próxima cena.

Una tarde, cuando el sol se ocultaba tras de la última montaña, y al oír el canto del majarí o pájaro despertador, los salvajes se despertaron, e insaciables como siempre, pidieron que se les sirviera la cena.

Entonces un movimiento inusitado se operó en el campamento.

Los cocineros, con sus cabezas cubiertas con plumas de papagayo y sus mandiles de piel de

leopardo, corrían de un lado para otro recolectando hierbas aromáticas para las salsas; encendían grandes hogueras y colocaban sobre el fuego grandes marmitas, limpias y brillantes.

Mientras, las mujeres en grandes cestos de junco recogían ajenos el fruto del árbol del pan, gigante de los bosques africanos que da un exquisito pan, no sabemos si francés o de Viena, pero que cocido entre piedras calcinadas tenía un sabor exquisito. ¡Oh, dichosos marabús que, como en Jauja, cogían los panes de los árboles!...

Un cruel pinche se acercó al

pobre Boliche dispuesto a incluirle en el menú, pero en el momento en que el negro blandía su cuchillo, el perro Kis, viendo al amigo de su amita en peligro, saltó sobre el sanguinario marabú clavándole dientes y colmillos en sus posaderas. El negro lanzó una terrible imprecación en marabú, y en unión de otros negros atacó al furioso can, que fué a refugiarse cerca de Mary. Esta trató de defender a su perro, pero los salvajes irascibles entablaron una lucha terrible con la niña para quitarle a su protegido, con el que pensaban regalar sus estómagos.

Entonces apareció en escena el elefante Titán que se puso de parte de su ama y en un momento dejó despejado el campo y aplastó con su trompa tres de los más forzudos negrazos.

Al terminar la refriega se oyó la voz de Chimbo que gritaba a sus vasallos : ¡ Alto ! ¡ Que nadie toque a los extranjeros ! Mi padre, el gran Ziroco, en nombre de nuestra diosa la luna ordena se aplace hasta mañana el sacrificio de los hombres blancos.

Chimbo, interesándose por sus amigos, había logrado una prórroga de su padre, pues aquella noche quería llevar a cabo la evasión de los cautivos.

Pirulete le dió las gracias. El niño negro y el niño blanco se abrazaron.

Pirulete apuntó en su libro de

memorias : « Evidente que conviene tener un amigo, aunque éste pertenezca a la raza de los antropófagos. ¡ Quién nos había de decir que el pequeño Chimbo nos salvaría de perecer en las cazuelas de sus terribles compatriotas los marabús !... »

VIII

Mientras los encargados de la cocina preparaban abundante y nocturno ágape, Chimbo, al parecer inactivo, permanecía sentado en el tronco de un árbol caído. Su aspecto era triste, y su actitud meditabunda.

Un negro pensativo es una cosa verdaderamente trágica y abrumadora, pues si un blanco pesimista lo ve todo negro, figuraos un negro, ¡ de qué color lo verá !

¡ Que cómo aquel alegre Chimbo, que pocos días antes saltaba alegre en torno de las hogueras donde se asaban los trozos de elefante, estaba ahora sumido en la más honda tristeza ? Pues porque Chimbo, si bien era negro, su alma no lo era, y el pequeño príncipe marabú había sorprendido una conversación entre su padre y Kokorembo, conversación que había puesto sus rizados pelos de punta.

El hechicero, envidioso de los honores que su rey concedía a Mary y a Pirulete, había pedido

a Ziroco las vidas de los dos niños haciéndole creer que así lo pedían los oráculos y contándole un sin fin de patrañas.

Ziroco, que tenía mucho miedo a los augurios de Kokorembo, al que además no podía negar nada, había accedido, y Chimbo se devanaba los sesos pensando la manera de salvar a Pirulete y sobre todo a Mary, de la terrible muerte que les esperaba.

—Yo — se decía Chimbo — puedo robarla y huir con ella, ¡pero y el bueno de Boliche, y el simpático doctor, y mi amigo Pirulete que tan cariñosamente me trataron? ¡Voy a abandonarles al feroz apetito de los míos? Sería una ingratitud de la que yo no soy capaz. Pero, por otra parte, y bien mirado, ¡cómo voy a salvar a los cuatro huyendo con tan pesada impedimenta? ¡Qué hacer, dios de los marabús!...

Mientras Chimbo se entregaba a tan generosas reflexiones, la hoguera crecía, el aceite de coco hervía y todo el campamento era invadido por un fuerte olor a carne fresca. Era que los marabús iban a regalarle con los cuerpos de sus paisanos que había muerto el elefante Titán. Aquella coyuntura permitió a Pirulete llevar a cabo su plan. Se levantó, y rápido se fué a su palacio, y unos minutos después retornaba con diez esclavos que traían una enorme tinaja llena de vino de coco que repartió en-

tre sus vasallos después de la comida.

Una hora después, los salvajes con una enorme pítima dormían a pierna suelta en torno de las hogueras y en medio de la plaza de los festines.

.....

La noche avanzaba y el majarí volvió a cantar anunciando las doce.

La tribu entera dormía y la población marabú permanecía en el más absoluto silencio.

Sonaba el último grito del majarí, marcando la media noche, cuando a unos quinientos metros de la gran hoguera y sigilosamente pegados a la muralla que rodeaba la ciudad, avanzaban varios bultos. Eran éstos nuestros amigos Pirulete, Boliche, Perejil, Chimbo y la linda Mary.

Chimbo iba guiando al elefante Titán que había de servirles para la fuga.

El negrito había sido al fin socorrido por una idea luminosa. Aprovechando el sueño de la tribu consiguió alejarse con sus amigos, sin ser visto de nadie.

Iban a huir a la selva, pero un obstáculo tremendo se alzaba entre ellos y los bosques africanos. Una fuerte muralla defendía la población contra los ataques de las fieras y de las otras tribus. Las puertas de la muralla, sóloamente cerradas, eran inaccesibles por completo, y só-

naba trabajosamente; el doctor empujaba a Boliche, al doctor la pequeña Mary, a Mary el negrito Chimbo, y a éste nuestro héroe Pirulete, y delante de todos iba el perro Kis en calidad de explorador anunciándoles los peligros con sus roncós gruñidos.

El majarí cantaba, y a lo lejos se oían los gritos salvajes de los marabús que acababan de despertarse.

La naturaleza también comenzaba a despertarse a los inciertos resplandores de la rosada aurora.

¿Se habrían salvado nuestros amigos o les aguardaba un mundo de peligros y penalidades?

Muy pronto lo veremos.

IX

Grande y aterradora fué la alarma habida entre los naturales de la tribu de los marabús, cuando, transcurrida la noche, al despertarse notaron la falta de los prisioneros y de Pirulete y de la linda Mary.

Kokorembo pateaba de coraje al ver que se le habían escapado los más suculentos bocados de sus festines. Ziroco se maldía rabioso sus egregios puños y se arrancaba las irisadas plumas de su real cabeza. Zamba, que había echado de menos a su pequeño Chimbo, lanzó una interjección marabú y dijo a su enfu-

recido esposo: ¡Ah, Ziroco! ¡También falta nuestro chiquitín! ¡Seguramente nos lo han robado los hombres pálidos! ¡Corro a sus habitaciones a ver si se encuentra en ellas descansando!

Y veloz como una exhalación corrió a su palacio y penetró en las habitaciones de Chimbo.

Nada anormal encontró. Su niño dormitaba tranquilo en su hamaca y la madre lo cubrió de besos. ¿Cómo podía ser esto si Chimbo se encontraba en la selva con sus amigos?...

Yo os lo explicaré: Zamba había sido engañada por una treta de su hijo, que era astuto como una zorra.

Chimbo, suponiendo que sus padres le echarían de menos, tuvo la ocurrencia de acostar en su hamaca a otro niño de su misma edad, que tenía su mismo tamaño y al que emborrachó previamente con vino de coco. Luego lo cubrió con una gran colcha de vivos colorines dejando ligeramente descubierto su rostro que se parecía mucho al del príncipe marabú.

La madre, enternecida al contemplarle a la débil claridad del amanecer, exclamó llena de orgullo y maternal ternura: ¡Pobre hijo mío! ¡Y yo que le creía en poder de los hombres blancos!... ¡Es bello como el sol naciente!... ¡Es el vivo retrato de su padre!...

Y loca de alegría volvió a la plaza de los festines dispuesta a ayudar a su esposo en la persecución de los extranjeros.

Allí encontró a Ziroco, al pie del poste trágico, rodeado de su estado mayor y de sus ministros. El rey dió ordenes severas a la policía, que ¡claro está! hizo todo lo contrario de lo que debía hacer y buscó a los fugitivos por todos lados menos por donde en realidad habían huído.

Después de varias pesquisas infructuosas los policías volvieron ante el monarca decididos a morir, porque sabían cómo las gastaba su majestad marabú.

Ziroco entonces, en un raptó de coraje e irguiéndose iracundo se arrancó la última pluma de su corona y dijo a Kokorembó :

—¡ A ver ; que hagan justicia a esos inútiles !

Cinco minutos después, del poste de los sacrificios pendían las cabezas del jefe de la policía y de sus doce esbirros, como si fuera una ristra de ajos.

Después de aquel ejemplar castigo, Ziroco se dispuso a perseguir, él en persona, a los extranjeros.

—¡ Señor — dijo Kokorembó, que era miedoso como un conejo—, mira que los hombres pálidos llevan armas que matan como el rayo !

—¡ No importa ! — contestó el rey negro, y luego, volviéndose

en actitud heroica a sus guerreros, los arengó de esta manera : — ¡ Guerreros de la tribu de los marabús ! ¡ Hijos legítimos del Sol ! ¡ Consentiréis que nuestra diosa la Luna se quede sin la ofrenda prometida ?

—¡ Nunca ! — respondieron a una todos los guerreros.

—Pues entonces, que traigan mi avestruz de guerra ¡ Preparad los vuestros y a la persecución !

—¡ Viva Ziroco I !

—¡ Viva !

—¡ Viva la reina Zamba !

—¡ Viva el príncipe Chimbo !

—¡ Vivan todos !

—¡ Vivan !...

Y una hora después de lo ocurrido todos los guerreros de la tribu, con su rey y su reina a la cabeza, cabalgaban sobre robustos aunque ligeros avestruces.

Después de largo caminar por la selva lograron encontrar las huellas de los fugitivos.

Estas llegaban hasta las márgenes del río Urungo.

¡ Pero cómo habían podido evadirse si estaban completas las piraguas de la escuadrilla marabú ?...

De pronto Kokorembó explicó el enigma al monarca.

—Señor — le dijo—, nuestras piraguas están completas, pero falta la barquilla en que trajimos a los extranjeros y que era de su propiedad.



Así amedrentados por los rugidos de las fieras y ^{amedrentados} ~~agarrados~~ los unos a los otros... (Pág. 44.)

—¡Sangre de hipopótamo! ¡Tienes razón! — exclamó temblando de ira el rey negro.

—Y lo peor es que en la barquilla estaban las escopetas de los extranjeros, sus municiones, una caldera que se dejó olvidada la reina, y otros varios efectos que les serán muy útiles para la fuga.

—¡Por cien mil chacales rabiosos! — gritó el monarca—. ¡Han huído por el río Urungo y seguramente han vuelto al lago donde los capturamos!... ¡Pero, ira del sol!... — exclamó después lleno de indignación el terrible Ziroco—. ¡Qué han hecho

esos infames?... ¡Han inutilizado la mejor de mis escuadrillas para que no los persigamos!... ¡Pues no les vale!... Se traerán otras piraguas y los cogeré en su madriguera!...

Ziroco también se había equivocado, como sus policías, pero a Ziroco no había quien le cortara la cabeza.

He aquí la verdad de lo ocurrido.

Cuando Pirulete y sus amigos se encontraron en la selva, caminaron largo tiempo por ella sin otra guía que el resplandor lejano de la aurora. Tenían ante sus ojos la terrible perspectiva de

ser pasto de las fieras si continuaban adelante, o de perecer devorados por los marabússitornaban a la aldea salvaje de tan ingrato recuerdo.

La situación de nuestros héroes era como para poner los pelos de punta al hombre más valiente.

Pirulete y sus amigos no dudaron ni un momento.

Decididos a salvar la pelleja en la seguridad de que el de la fuga era el mejor camino, seguían caminando, caminando... Iban solos, sin armas, perdidos en la penumbra de la selva virgen. Así amedrentados por los rugidos de las fieras y agarrados los unos a los otros, aquí caigo, aquí me levanto, marchaban los cuatro fugitivos, llenos de miedo, hasta que un rumor cada vez más fuerte les detuvo en su marcha.

—Nos hemos salvado — dijo Chimbo a sus compañeros —; en vez de perdernos en la selva como yo temía, por fin logré lo que deseaba: llegar a las orillas del río donde estarán, si no me equivoco, las piraguas de la escuadrilla de mi padre, y entre ellas nuestra barquilla con rifles y demás efectos. En medio del río no tendremos el peligro de las fieras, y llevados por la corriente, en pocas horas estaremos muy lejos de nuestra patria y de mis voraces pa-

¡volveremos a nuestra cabaña de las orillas del lago?

—¡Sí; y si vienen a buscar-nos esos bárbaros nos defendere-mos como tigres! — añadió Boliche, con aire de perdonavidas.

—¡Volver a vuestra cabaña! ¡Eso nunca! — exclamó Chimbo, que era muy práctico en estas cosas y conocía muy bien la bravura de sus paisanos—. Remontaremos este río que sólo es un brazo del Zambeze, y una vez en éste, seguiremos la corriente general, que es la más impetuosa y nos alejará más pronto del peligro.

—¡Bravo, Chimbo!... ¡Eres más listo que Lepe! — gritó Pirulete entusiasmado, abrazando al negrito.

Todo resultó, según había previsto Chimbo. No habían caminado cien pasos cuando a la luz del amanecer vieron las aguas del río Urungo y cerca de ellas hasta diez piraguas amarradas fuertemente a unos árboles de la orilla. Entre las naves marabú también estaba la barquilla de Mary.

Nuestros héroes lanzaron un grito de alegría, y después de inutilizar con sus hachas la escuadrilla de los salvajes, montando en su barca, que era muy sólida y ligera, se lanzaron a lo desconocido.

Como había dispuesto Chimbo, remontaron hasta el propio

—Entonces — dijo Mary—,

Zambeze, padre del Urungo, y el río, permitió a los fugitivos allí se abandonaron a la corriente, tan violenta, que unas horas después, y antes de que los marabús pudieran aprestarse a la persecución, estaban a muchas leguas de los parajes donde tanto peligraban sus vidas.

—Por esta vez — dijo Pirulete burlonamente a Chimbo—, tus paisanos se han quedado sin almuerzo...

X

Pronto descorriéndose los velos de la niebla que flotaba sobre

Creyéndose ya libres de todo peligro por parte de los salvajes, nuestros héroes acercaron su barca a unos de los deltas o islotes que formaba el Zambeze, y se dedicaron a buscar su almuerzo, pues tenían un hambre espantosa.

Pilurete empuñó su rifle y, en un decir amén, cazó tres magníficas gallinas silvestres, mientras Chimbo y Mary encendían la lumbre y Boliche buscaba por



No habían caminado cien pasos cuando a la luz del amanecer vieron las aguas del río Urungo... (Pág. 44.)

las orillas del islote huevos de tortuga a los que era muy aficionado.

De pronto Pirulete que andaba distraído en su faena oyó espantosos gritos, y vió que el cocinero, perseguido por un enorme cocodrilo, venía hacia él pidiéndole auxilio.

Pirulete, no se inmutó y rápido como el rayo, se echó el rifle a la cara e hizo fuego sobre el terrible saurio.

El animal lanzó un quejido y, abandonando su presa, se revolvió furioso contra su enemigo. Pirulete no titubeó un momento e hizo fuego nuevamente... El reptil, herido por segunda vez, cayó en la arena dando vueltas formidables, y por fin quedó exánime. Las balas de Pirulete habían penetrado por sus dos ojos que le causaron la muerte instantánea.

Por tercera vez Pirulete había salvado la vida a su camarada.

Boliche, casi desmayado, fué a caer en brazos del doctor, que acababa de llegar con Mary y Chimbo en aquel mismo momento. El susto que se había llevado el cocinero era mayúsculo y costó gran trabajo hacerle reaccionar.

—Está visto — dijo el infeliz, así que pudo hablar —, que soy el rigor de las desdichas. Salgo de Málaga para entrar en Malagón. En la *Isla Desconocida* estuve a

punto de caerme en uno de sus precipicios, no me destrozó un león por milagro y no perecí a manos de sus salvajes habitantes gracias a la afortunada intervención del buen Sahib, y en estas tierras, ya me he visto a punto de ser asado a la parrilla por los marabús y de ser devorado por un cocodrilo... ¡Habría ser más desgraciado que yo, ni hombre sobre el que lluevan más calamidades!...

Y el pobre Boliche, sin tener en cuenta su edad, rompió a llorar como una Magdalena.

Pasada la congoja del atribulado cocinero, entre Pirulete, Mary, Chimbo y el doctor se dieron muy buena maña para descuartizar el reptil que tenía del hocico a la cola unos diez metros de largo. En cuanto a Boliche, no se atrevía a acercarse al terrible saurio, ni aun después de muerto. Solamente cuando le presentaron unos trozos asados de la cola y de las partes traseras, que son las regiones más sabrosas del cocodrilo, se atrevió a cogerlos, satisfecho de haber cambiado los papeles, siendo él quien devoraba a su enemigo.

La comida preparada por Chimbo y Mary fué magnífica. La constituían tres platos. Primero, unos huevos de tortuga fritos con algo de grasa de hipópótamo que había quedado en la caldera que Zamba abandonó en la barquilla. Segundo, las galli-



—¡ Córcholis !—exclamó Boliche haciendo reír a sus camaradas. (Pág. 48.)

nas silvestres cocidas en dicha caldera, y tercero, el cocodrilo asado a estilo marabú, es decir, entre piedras calcinadas. Para postre tuvieron unos plátanos cogidos en un platanal cercano y dos o tres cocos de los muchos que el viento había hecho caer de los árboles que poblaban el islote.

De sobremesa o de sobresuelo, como queráis llamarle, el doctor se extendió en algunas consideraciones respecto al cocodrilo y sus costumbres, y dijo a sus camaradas :

—Grande, en verdad, ha sido el peligro que corrió Boliche cuando le perseguía este reptil que es, después del tigre, el ani-

mal más traidor, astuto, feroz y rapaz de la tierra. Puede considerársele el enemigo más terrible del hombre, así como de los demás animales. Su voracidad es tan grande que lo mismo devora hombres y niños, que toda clase de animales de la tierra y de los ríos. Es tan temible en la tierra como en el agua ; en la primera, porque corre con la ligereza de los lagartos, ya que al cocodrilo puede comparársele a un lagarto de gigantescas proporciones, y en el agua, porque nada con una velocidad increíble y puede perseguir a los peces más ligeros. Cuando coge su presa, si ésta es pequeña, se la traga de una sola vez ; si es grande, la ma-

ta de un coletazo, la destroza con sus garras y después la devora. Sus armas defensivas y ofensivas son terribles. Posee una dentadura formidable compuesta de varias hileras de numerosos y aguzados dientes, y además, como ya habéis visto, una cola llena de aceradas escamas y en cuyo órgano tiene su mayor fuerza. Este cocodrilo que ha querido devorar a Boliche, no es de los más grandes. En la especie a que pertenece, llamada «cocodrilo del Nilo», aunque abunda en otros ríos del Africa, los hay de proporciones asombrosas y espantables.

—¡Córcholis! — exclamó Boliche haciendo reír a sus camaradas—. ¡Pues a mí me ha parecido enorme!

Después que los tres niños cesaron de reírse del pobre Boliche, que ya estaba azorado y rojo como las amapolas, el doctor prosiguió:

—Dos particularidades señálanse en estos animales que son dignas de estudio. Se dice que este saurio posee la extraña cualidad de enseñar a sus crías a ser feroces. Para esto, cuando los hijuelos salen del huevo, el macho los vigila, y observa si al nacer cogen algo con la boca y lo destrozan. Si así lo hacen, demostrando que son dignos de tal padre, continúa cuidándolos sólicitamente, pero, en el caso con-

trario, los hace pedazos y los devora.

—¡Vaya un tío! — exclamó Boliche, haciendo reír de nuevo a los niños.

—La segunda particularidad — continuó el doctor —, es también muy interesante y del todo veraz. El cocodrilo, que como dije antes, es el enemigo de todos los animales, tiene, sin embargo, un amigo. Este es un ave zancuda, llamada vulgarmente arenario, a la cual profesa una gran simpatía. La causa de esta amistad es bien sencilla. El cocodrilo, como animal acuático, tiene casi siempre gusanos en el hocico, y como carnívoro, sus dientes están llenos de residuos de carne que entorpecen los movimientos de sus mandíbulas. De éstas dos molestias le libra el arenario, que, introduciéndose en la boca abierta del animal mientras duerme, o cuando se calienta al sol, le saca la carne de los dientes limpiándoselos como el mejor dentista.

—Entonces—dijo Pirulete, interrumpiendo al doctor—, en vez del arenario debían llamarle el... mondadientes.

—Cállate, Pirulete, y no hagas chistes malos—respondió el doctor, y luego prosiguió—: El cocodrilo permanece con la boca abierta mientras dura la operación, y cuando el ave, harta ya, quiere irse, la deja salir tranqui-



lamente abriendo las mandíbulas con gran cuidado de no hacerla daño alguno. Esto os demostrará que hasta un animal tan fiero y cruel sabe agradecer el bien que le hacen. Ya lo sabéis: el hombre desagradecido es peor que los cocodrilos.

—Y dígame, doctor; así como ese pájaro es el mejor amigo del cocodrilo, éste tendrá algún enemigo al que no pueda derrotar fácilmente — dijo Mary.

—Sí, Mary, y no es como podrías creer un monstruo de mayores dimensiones que el enorme reptil, si no simplemente una rata llamada icneumon, que le ataca desde sus orígenes, devo-

rando sus huevos, y hasta se da el caso de que se introduce en el cuerpo del terrible saurio mientras duerme y le roe los intestinos, practicando luego un agujero para salir al exterior. Aprended en este ejemplo que no hay enemigo pequeño, ni tiranía duradera.

—¿Y es difícil cazar éstos animales tan feroces? — interrogó de nuevo Mary a Perejil.

—Los egipcios — respondió el doctor — los cazaban antiguamente poniéndoles por cebo un lechoncillo que llevaba sobre las espaldas un enorme y aguzado anzuelo. Los cazadores golpeaban al animalito, y el cocodrilo,

al oír sus gruñidos, acudía, tragaba el anzuelo y era arrastrado a tierra, donde le cubrían los ojos con barro para precaverse de sus ataques, y luego le remataban con lanzas, hachas y dardos. Los europeos los cazan como lo ha hecho Pirulete, con rifles o carabinas de mucho calibre, pero es preciso para matar-

Cuando estaban a unos doscientos metros, Chimbo descubrió la proximidad de sus paisanos.

—¡Estamos perdidos! — exclamó Chimbo—. ¡Mis padres y el terrible Kokoremba nos perseguían desde anoche y ya nos dan alcance! ¡Buena azotaina me espera! ¡Me veo las posaderas de mil colores!



lo tener una puntería finísima, pues este animal tiene una resistencia vital extraordinaria.

Tan entretenidos estaban nuestros amigos oyendo las sabias explicaciones del doctor, que no vieron cómo descendían por el río hasta una docena de piraguas llenas de los más feroces salvajes de la tribu marabú.

—¡No es hora de lamentaciones! ¡No nos queda otro remedio que ganarles en silencio la delantera antes de que noten nuestra presencia! ¡De prisa, a los remos y huyamos! — exclamó Chimbo.

Y manos a la obra, los cuatro valientes comenzaron a remar como galeotes.

XI

Hubieran pasado inadvertidos a poca distancia de sus perseguidores nuestros amigos, si a Kis no se le ocurre ladrar furiosamente. Hay perros que son co-

Chimbo, furioso—. Y alzando su yatagán cortó de un solo golpe media cola del indiscreto animal.

Kis, lanzando un aullido de dolor, se desmayó.

Los salvajes, al divisar la embarcación de Chimbo, armaron una gritería ensordecedora, y un



...se puso en pie en la popa de su bajel y, colgando sus manos en forma de bocina, gritó a los marabú... (Pág. 52.)

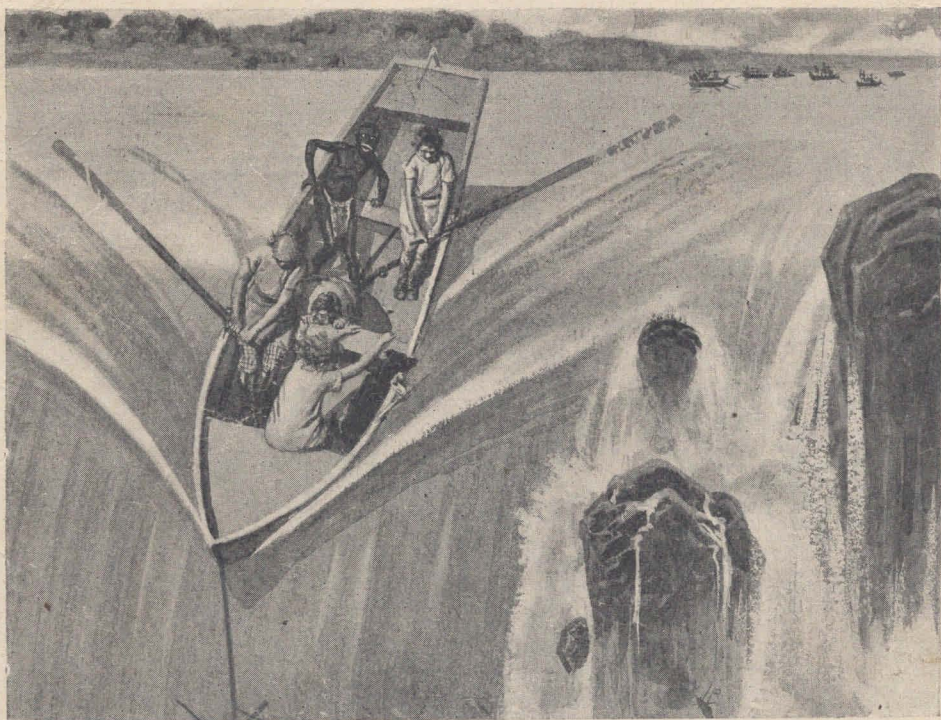
mo algunas personas, que hablan cuando no hace falta, y con sus indiscreciones comprometen a todo el mundo. Esto es lo que hizo Kis con sus ladridos inoportunos, agravar la situación y hacer que los salvajes notaran la presencia de los fugitivos...

—¡Maldite bicho! —dijo

verdadero pugilato se entabló entre la barquilla de Mary y las piraguas de sus perseguidores.

Una nube de flechas pasó sobre las cabezas de nuestros héroes, yendo una solamente a clavar en las carnosas y abundantes nalgas del infeliz Boli-che.

estada



...enfilando la proa hacia el mismo, se lanzó como una flecha al fondo... (Pág. 53.)

El pobre cocinero cayó en el fondo de la embarcación, gritando :

—¡ Infames !... ¡ Me han partido el corazón !...

Otra nube de flechas pasó sobre la barquilla.

Entonces Chimbo, valiente como un leopardo, se puso en pie en la popa de su bajeel y, colocando sus manos en forma de bocina, gritó a los marabús :

—¡ Soy yo, vuestro pequeño Chimbo ! ¡ Si seguís tirando, yo seré el primero que caiga bajo vuestras flechas !

Y en verdad, por triste capri-

cho de la suerte, el pobre *negro* servía de *blanco* a las flechas de sus vasallos.

—¡ Ah, si es mi adorado Chimbo !... ¡ Cómo habrá llegado hasta aquí ? — gritó Ziroco, reconociendo a su hijo, al que creía en palacio durmiendo en su hamaca de piel de canguro y hojas de palmera.

—¡ Alto el fuego ! — añadió con voz tonante—. ¡ Al que tire una sola flecha le masco la nuez !...

Todos dejaron caer sus arcos sin atreverse a disparar. Sabían que Ziroco no tenía rival hacien-

do barbaridades, y que en aquella ocasión no era más el ruido que las nueces.

Entretanto, Zamba, inconsolable, revolcábase en el fondo de la piragua real, y derramando abundantes lágrimas decía: ¡Ingrato!... ¡Mal hijo!... ¡Después de engañarnos, nos abandona!

Y Kokorembó murmuraba al oído de Ziroco:

—¡Su alteza nos ha descabado el cubierto!...

Entretanto que tal escena se desarrollaba, las piraguas bogaban sin cesar detrás de la barquilla de Mary, porque Ziroco había dado órdenes terminantes respecto a la captura de los fugitivos. Los salvajes estaban seguros de que aquélla no podía durar mucho tiempo...

A la distancia de tres kilómetros el río quedaba truncado en su curso para convertirse en una hirviente y estruendosa catarata de unos quince metros de altura y esperaban que los perseguidos habían de preferir entregarse a hundirse en el abismo.

Sin embargo, Chimbo y sus compañeros, decididos a todo, con tal de no caer en manos de los marabús, continuaron imperturbables hasta penetrar en el

radio de acción de la imponente catarata.

Entonces Ziroco y sus soldados vieron una cosa terrible, trágica, horripilante. La barquilla de Mary, al llegar cerca de la catarata, giró sobre sí misma cinco o seis veces, y luego, enfilando la proa hacia el abismo, se lanzó como una flecha al fondo, desapareciendo entre nubes de espuma y de agua pulverizada donde se quebraban los rayos del sol.

Ziroco y sus guerreros lanzaron un feroz berrido de dolor.

Zamba cayó nuevamente tripa abajo en el fondo de la barquilla, presa de un fuerte soponcio.

¡La tragedia había terminado!

La tribu marabú estaba de luto. ¡Su rey había perdido un hijo y su cocina cuatro de sus mejores platos!...

Seguramente que la mayor parte de mis pequeños lectores tendrán mucho interés en saber la suerte que han corrido nuestros amigos...

Para salir de dudas y satisfacer esa curiosidad, lean ustedes el volumen siguiente que se titula *«Los Misterios de la Selva»*.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.

El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.

Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pluma vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.

26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cotre volador.
33. El tío «Cierra al ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El cana tillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.

53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac. (1.º)
58. id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invernada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra.